

EL SANTISIMO CRISTO DE VERGARA



Los grandes imagineros hallaron en las figuras de la Pasión el manantial más puro de su imaginación artística. El sentimiento religioso de su inspiración, ha dado eternidad a sus obras. Y no hay, puede decirse, capital importante o burgo escondido en humildad, que no guarde en sus templos alguna de esas concepciones.

Entre esas grandes obras, figura el Santísimo Cristo de Vergara, la maravillosa imagen, a quien la fe popular atribuye la singular virtud de proteger en sus empresas a cuantos le impetran. Es por eso que en su cofradía se junta, impulsados por el mismo sentimiento de religiosidad, los trabajadores y patronos de los más diversos oficios.

Acerca de esta imagen del Cristo de Vergara, la tradición guarda una historia que recogemos gustosos.

En una apacible tarde de otoño, un famoso maestro imaginero --¿Martínez Montañés?, ¿Mena?...-- recibió la visita de un caballero de Vergara, residente en Sevilla y contador de S. M. Era don Juan de Irazábal, que gozaba de los mayores prestigios y consideración en la corte del soberano.

El señor Irazábal, agradecido a los favores alcanzados por sus rezos a Cristo Crucificado, quiso hacer una imagen del Redentor, para regalarla a la iglesia parroquial de Vergara.

Esto acontecía en el año 1626, cuando la ciudad de San Sebastián pertenecía al obispado de Pamplona y la villa de Vergara al obispado de Calahorra.

El escultor --parece aclarado que fué Mena y no Montañés-- aceptó el encargo del señor de Irazábal, poniéndose a realizar una obra que hubiera bastado para immortalizar su arte.

A la maravilla de las maravillas, a este Cristo de la Agonía, supo Mena transmitirle, con la expresión divina, una humanización perfecta, glorificándola con una exactitud de exquisita espiritualidad, cuyo reflejo divino incluso a los profanos, les aparta del pensamiento terreno.

La gracia descendió del cielo para enternecer el alma del escultor, quien al contemplar su obra, según avanzaba en ella, lloraba como un niño.

El señor Irazábal, que visitaba con frecuencia el estudio, quedó prendado de la hermosura infundida a la imagen, pagando en el acto, y con orces, la suma modesta que señaló a su trabajo el maestro de la gubia.

Inmediatamente fué enviada a Vergara la rica ofrenda del señor Irazábal, junto con el dosel, cortinas y lámpara de plata. Su hijo, don Juan Bautista, hizo entrega de la imagen a la parroquia de San Pedro el 5 de octubre de 1626. Ese mismo día se reunió en Vergara la Junta parroquial para expresar al generoso donante la inmensa gratitud de los vergarenes. El testimonio fué protocolizado por el escribano de S. M. don Pedro de Igueribar, que también era natural de Vergara.

Artísticamente la valiosa joya de Mena, difícilmente tiene igual. El Cristo de Vergara, por su anatomía perfecta, muestra con claridad la dilatación de los músculos de un hombre que expira en la cruz después de una agonía lenta y dolorosísima.

Pero el rostro del Salvador, a pesar de sus grandes padecimientos, conserva toda su belleza. La cabeza hermosísima y la tez, como el propio terciño que se agosta, manifiestan que la muerte ha reemplazado a la vida terrenal para transformarla en inmortal.

Los justos nunca mueren, dijo Teresa de Jesús, y eso parece expresar la imagen del Cristo de la Agonía, que en estos días de Semana de Pasión ha de recibir las presencias de una villa orgullosa de esa joya artística en la que ha puesto una veneración tan arraigada.

Alfredo R. ANTIGÜEDAD